

religiosa. Esta prudencia, basada en el reconocimiento de la supremacía de los valores espirituales, les impondrá, a veces, "silencios o revelaciones costosas". Nadie lo duda. Pero creemos con Pío XII en el discurso citado, que: "Al obrar así ganará en valor intrínseco, acabará por conquistar la estima primero y luego la confianza y justificará la consigna tantas veces repetida: *En todo hogar católico, el periódico, católico*".

Actualmente en España los publicistas católicos tienen campos en los que han de cumplir su misión de "esclarecer y guiar", sin destruir, a la opinión pública.

A. W. Enrique Mazorra, S. J.

FILM IDEAL

Octubre 1958. ALFONSO PIÑAN, Charlot, un nuevo cisma: Funeral para un entierro de primera.

Alfonso Piñán nos ofrece ocasión de dialogar sobre el tema —siempre sugerente— de Charlot. Desde luego no quiero ser incluido dentro del grupo de los partidistas de Charlot: ni puritanos, ni conformistas, ni evolucionistas en torno al mito = realidad de Charlot.

Me gusta ser independiente y quiero contemplar el mundo para ver a los hombres mis hermanos —quienes sean—, sin apasionamiento; quiero portarme como simple espectador ante el producto genial que aparece de vez en cuando.

Nos dice Piñán, que "si Charlot hubiera concebido el cine como mensaje a la humanidad hubiera admitido la palabra en función de la forma, porque la palabra es el factor humanístico del cine.

Por eso el humanismo de Charlot es dudoso...".

Decir cine es hablar de vehículo artístico para transportar una idea; es presentar un estado de cosas, denunciando o aprobándolo; es transmitir un mensaje vital e interesante a aquellos hombres sentados en sus butacas.

Y todo esto en imágenes. Si estas imágenes son capaces por sí solas de darnos ese mensaje y que nosotros lo comprendamos hemos llegado al cine puro. Al cine de categoría. Al Cine con mayúscula.

El humanismo no consiste en un dominio de las lenguas latina y griega, ni en un empacho de cultura clásica. Son definiciones trasnochadas. Creemos que esta palabra ha trascendido todas las definiciones y ha roto la corteza de una externa erudición para llegar a la riqueza profunda de lo humano. Es difícil de explicar —por traerse de un concepto complejo—, pero sensible por las diversas manifestaciones externas.

Aquí ya podemos hacer intervenir a Charlot, con sus ropas ajadas, su bastón y clásico bombín. Figura triste e incluso molesta. Es un vagabundo. Pero debajo de esa facha y de esas ropas hay un hombre. Más aún, usando de la redundancia, hay un hombre humano.

Al revivir hoy sus películas nos encontramos con un Charlot hombre que no supimos descubrir en nuestra visión infantil.

Un hombre que al presentar su obra artística —manifestación externa— presenta un orden en sus ideas, cualidad rara en los tiempos de transición después de haber vivido una guerra; nos enseña la serenidad con que se deben llevar las mismas, y por último, a través de sus diálogos, encontramos claramente una finalidad, un sentido, una razón de la producción de sus films.

Abiertamente se presenta como enemigo de la sociedad, contra la que lucha. Porque es injusta, porque quiere renovarla de manera real —dentro de lo ridículo— mostrando lo que es la vida con sus dos formas Drama-Comedia en una perfecta conjunción difícil de imitar por ser creación de un genio.

Añadamos las cualidades = virtudes que salen de su personaje. La bondad natural con su derivación: la delicadeza, manifiesta a cada paso en sus mejores films. Ideología comunitaria, en la que él se siente responsable al presentarse como tipo-experiencia de los demás desgraciados.

Aunque Charlot no se puede elegir como aspiración humana dentro de la fenomenología social, es en su causa, donde hallamos como buena esa aspiración humana, la de la justicia, que trata por todos los medios que triunfe aunque en realidad fracase.

Afirmamos, sin ser exhaustivos, que en una visión objetiva de Charlot se pueden encontrar algunas de esas facetas. Pero si decimos que Charlot sólo a base de imágenes no es humanista porque le falta la palabra —factor humanístico del cine— tendremos que confesar que hemos restringido muchísimo el sentido de lo humano. Porque humanas son, profundamente humanas, las calidades y tonos de que está compuesto todo el cuadro de su obra.

Finalmente, una añoranza, un deseo, ya en su nacimiento frustrado. En el cine de Charlot se echa de menos lo transcendental. A veces es demasiado duro, amargo, rencoroso. (Las pasiones son también patrimonio del hombre). Pero es que Charlot se queda en la pura materia. No sabe dar el paso hacia la esperanza y nos deja como final esas sonrisas tristes, expresión de un mundo vacío, sin alma.

Todo su afán de justicia, su sentimiento comunitario, su deseo de una vida mejor para sus semejantes: "mi religión, dice él mismo, consiste en querer que cada uno tenga una casa, tres comidas diarias y la posibilidad de albergar a sus hijos en un ambiente cuidado y confortable...", todo eso es bueno, pero...

Quizás, amigo Piñán, el humanismo de Charlot es dudoso... porque sencillamente le falta Dios.

Emilio Mayayo, S. I.

ALMENA

Octubre 1958, núm. 3. FRANCISCO JUBERIAS, CMF, La Superbia clericalis.

No estoy tan seguro como Juberias de que los curas —así en masa— nos reconozcamos en su examen de conciencia. Creo que en esto, como en tantas otras cosas, nos contagia el mundo y nos falta, también a nosotros, el sentido del pecado. Sobre todo cuando se nos dirigen acusaciones colectivas, fácilmente descargamos la responsabilidad en el vecino, o todo lo más la admitimos difusamente. Si no, ¿por qué echamos la culpa del anticlericalismo a los comunistas, a los masones, a la libertad, la igualdad y la fraternidad o a estos universitarios modernos que arrasan iconoclasticamente todo? No voy a decir en un alarde de simplismo que todo pasa a nuestra cuenta. Acuso de incompresión a esos anti-clérigos y admito existencias manejadoras de situaciones. Pero, aunque seamos seguidores de Cristo por profesión, ¿podremos aplicarnos tranquilamente la palabra de la Escritura: "me odiaron sin razón, gratis...?"